

LA TIERRA PARA LOS ANIMALES

Algunos animales de compañía pueden presumir, muy a su pesar, y a diferencia de casi todas las personas, de tener varios nombres distintos a lo largo de su vida. Es el caso de ella, la protagonista de esta historia. No tenía aspecto de ninguna raza definida, pues por sus venas corría sangre de pointer, mastín y labrador. Sus ojos eran verdes y su cabello poseía todas las tonalidades posibles de marrón. Disfrutaba, al igual que casi todos los perros, cuando la acariciaban con cariño. Era una perra especial, aunque debes creerme cuando te digo que todos los seres vivos lo son.

Sus primeros años no fueron los más felices, pese a vivir en uno de los entornos más bonitos del planeta: las tierras atlánticas del norte de España. Todos los días paseaba por pequeños senderos recubiertos por enigmáticas bóvedas de pino y eucalipto, bebía agua de discretos arroyos cristalinos y descansaba rodeada de ovejas, las cuales se suponía que debía enderezar. En su día a día, evidentemente, también había un pastor. Él le adjudicó su primer nombre; le llamaba “perro”, sin tan siquiera preocuparse por la distinción de su género femenino. En realidad no era un mal hombre. Sólo estaba insensibilizado ante las relaciones humanas (y animales) tras toda una vida de peregrinaje en silencio, en soledad. Lo cierto es que no estaba del todo solo, pues su rebaño de ovejas y su “perro” transmitían numerosos mensajes y emociones que podía haber recibido si hubiera estado dispuesto a escuchar. Su relación con *ella* era muy simple; él le tiraba trozos de pan en cada comida y le propinaba pequeños golpes en el lomo con una garrota cuando creía oportuno. Casi todos los golpes eran por la misma razón: ella no se imponía ante las ovejas rebeldes que osaban escapar del rebaño o aquellas más rezagadas que apenas se enteraban de que la marcha continuaba. ¿Cómo se puede pretender que un animal haga algo que no conoce sin habérselo enseñado? ¿Cómo se puede pretender que un animal sea fiero y decidido si en el fondo no lo es? Los golpes en el lomo habían hecho de ella una perra asustadiza. No era la mejor época de su vida, pese a encontrar cierto placer descansando en los soleados claros del bosque o sintiéndose un miembro más del rebaño.

Pocos días después de que nuestra protagonista cumpliera (aunque ni el pastor, ni ella misma, ni nadie lo supiera) tres años, estalló una de las tormentas más terroríficas que se recordaban por esas tierras. El viento sacudía ferozmente las ramas de los árboles, haciendo que los troncos más jóvenes se fracturasen o despojasen de sus raíces ancladas a la tierra. La lluvia era tan fría y gruesa que no había persona o animal que aguantara unas horas sin refugiarse. El cielo era gris y oscuro a pesar de ser mediodía. El pastor del rebaño caminaba a duras penas sujetando su ropaje. Se preocupaba a la vez de mantener el rebaño unido, aunque era inevitable que el viento y la lluvia despistara a algunas de las ovejas, que se perdían entre los arbustos sin que él se percatase.

Tras una hora de intensa agonía, el pastor vislumbró a pocos metros unas gigantescas rocas que, de forma natural, conformaban en la base de un montículo una especie de caverna. Las ovejas más cercanas al pastor comenzaron a entrar en la cavidad sin que él se lo ordenase, como si supieran de forma instintiva que ese refugio era su última esperanza. El pastor miró a la larga fila de ovejas que aún estaban en el exterior. Distinguió un grupo más rezagado, en el que se podía percibir una figura

marrón más oscura que el resto de formas distorsionadas por el gris cristalino de la lluvia. Era *ella*.

Transcurrido apenas un minuto, cuando la mitad de las ovejas ya se habían refugiado, ocurrió un acontecimiento que cambiaría para siempre la estructura del rebaño. La colisión de dos nubes produjo un impresionante rayo en la colina que se elevaba a lo alto de la caverna. El cielo se iluminó un instante. Enseguida se escuchó el trueno. *Ella* comenzó a correr tan deprisa como nunca en la dirección contraria a la cueva.

—¡Perro! —gritó el pastor sin éxito, viendo como el temor del animal lo impulsaba a alejarse de la colina, a diferencia de las ovejas que había a su lado que, tras el shock del relámpago, terminaron refugiándose en la cavidad junto a sus compañeras, también ilesas.

La tormenta no descendía en intensidad y ella seguía corriendo a través de arbustos y ramas arrastrados por el viento. Se añadía ahora, también, el agobio de verse completamente sola. Estaba perdida y fatigada. La fortaleza corporal heredada de sus ancestros empezaba a resentirse en esas condiciones, cuando dar un paso más supone un gran esfuerzo y los árboles no pueden refugiarte de toda la lluvia de la tormenta. Siguió caminando casi exhausta en la misma dirección, hasta que divisó un grupo de esas cosas tan grandes que visitaba de vez en cuando con su vida en el rebaño: edificaciones humanas.

Abrió los ojos en un lugar cálido, acogedor. Su cuerpo estaba seco y rodeado de una manta de lana, esa lana que le era tan familiar. Quedó un rato mirando el fuego de la chimenea que tenía enfrente, sin entender nada de lo que ocurría o cómo había llegado hasta ahí. Dejó atrás la manta al ver un cacharro con agua en el suelo. Nunca había bebido en ese tipo de cacharros, pues siempre solía hacerlo directamente de un río, pero su cuerpo había estado dormido muchas horas y necesitaba ese don cristalino que es vida para todos los seres vivos. Cuando hubo saciado su sed, volvió al calor de la manta, y es entonces cuando le vio. Un hombre de mediana edad, más o menos como su pastor, la observaba desde la puerta de la estancia. Tan sólo se parecía al pastor en la edad, pues tanto en el físico como en la forma de ser eran hombres bien distintos. Ella, que estaba dispuesta a tumbarse en la manta y todavía no lo había hecho, se quedó de pie, inmobilizada. El hombre sonrió y dio un paso adelante. Ella empezó a caminar hacia atrás, sin quitar la vista de la cara del hombre. Siguió haciéndolo hasta que chocó con una de las esquinas de la habitación. El hombre se sentó en la manta de lana y permaneció ahí un buen rato, mirando al fuego y de vez en cuando a *ella*.

El día siguiente amaneció con el canto de un gallo. El hombre, después de desayunar y de contemplar a la perra dormida (intentó no hacer ruido), comenzó a tallar madera en el garaje de casa. Era su trabajo. Transcurrido un rato, ella se despertó con el sonido de la lija. Seguía teniendo miedo, pero algo le impulsaba a acercarse a la habitación donde él se encontraba. Al fin y al cabo, no sabía lo que era estar sola.

—Por fin decides acercarte a mí —dijo el hombre deteniéndose en su trabajo al ver que ella entraba tímidamente en la habitación y que ya no temía al mirarle a la cara—. Ahora sí estamos en condición de presentarnos —prosiguió el hombre—; me llamo Eneko, tengo dos hijos mayores, aunque soy viudo, y creo que anteayer te salvé la vida. Mañana te llevaré al veterinario y puede que comprobemos quién es tu dueño, aunque por el miedo que tienes dudo que alguna vez hayas tenido un dueño de

verdad. ¿Qué te parece si de momento te llamo *Nala*?

“Nala”, por fin tenía un nombre de verdad.

El veterinario dijo que no podía descubrir quién era el dueño. No tenía detector de microchips ni tampoco se los ponía a sus pacientes de cuatro patas; la ley no obligaba a ello hasta unos años después, en 1998. Tampoco tenía, por supuesto, ningún tipo de collar o identificación.

Comprobaron que su salud era de lo más normal, le administraron las vacunas necesarias y dedujeron que se trataba de la perra extraviada de algún cazador o pastor que raramente emplearía tiempo en buscarla pudiendo *reemplazarla* por otro animal. En realidad no se puede reemplazar un ser vivo por otro, pues cada uno es diferente, individual y especial. Por fortuna Eneko lo sabía, y dio a Nala algunos de los mejores años de su vida.

Tuvieron que pasar cuatro meses hasta que Nala confiara totalmente en él y dejara de comportarse como una perra asustadiza. Ahora disfrutaba cuando él o alguno de sus hijos (que le visitaban de vez en cuando) le acariciaban en la tripa y en el cuello. Su comida favorita era la manzana, y los días de la semana que más le gustaban eran los martes y jueves, pues solía dar paseos por el campo con su dueño y algunos amigos de éste que también tenían perro.

Eneko había salvado la vida de un animal cuando lo encontró exhausto y frío en un charco de las afueras del pueblo, sin saber que también estaba salvándose a sí mismo de la soledad y la tristeza que acontecía en su vida desde que murió su esposa. A él le gustaba recordar viejos tiempos en los que viajaba a lo largo de todo el país con diferentes y extravagantes trabajos. Le gustaban las recetas japonesas y los libros de Agatha Christie. No le gustaban, por el contrario, las jaulas para animales (especialmente las de los pájaros, esos maravillosos seres con la capacidad de volar), ni las frías madrugadas de invierno, ni las campanadas de la iglesia del pueblo despertándole en la siesta...

El otoño en que Nala cumpliría siete años ocurrió otro de esos acontecimientos que cambiarían drásticamente su vida. Una de esas mañanas su dueño no despertó. Ella quedó ahí durante horas, mirándole en la cama y lamiéndole la mano esperando una respuesta; pero él no despertó.

Nala permaneció dentro de casa dos días, durmiendo en la cama de su amo y empezando a sospechar que quizás nunca volvería a caminar más con él. Cuando no quedó más agua en su bebedero (la comida ya la había terminado hacía un día), saltó la verja del patio y empezó a buscar su destino. Vagó por el pueblo unas horas. Era un día frío y gris, parecido a aquel en el que se asustó con un rayo. No había mucha gente por la calle, y casi nadie se percató de su presencia. El río de las afueras del pueblo era el lugar más cercano y accesible donde poder saciar la sed; lástima que Nala no supiese donde estaba. Caminó durante un rato por la carretera que salía del pueblo y, tras poco tiempo, encontró un pequeño afluente que brotaba de entre las grietas de una gran roca. Cuando terminó de beber oyó algo que llamó su atención: el sonido de una oveja balando. Subió al montículo de donde provenía el sonido y descubrió un pequeño rebaño. Había también un pastor, pero no era su anterior dueño; este era chico más joven y avispado, aunque no se percató de su presencia. Nala se sintió extraña, con una mezcla de pensamientos y recuerdos que le generaban emociones contradictorias. Se alejó del rebaño y siguió andando por la carretera, creyendo avanzar hacia *su pueblo* sin saber que las casas que divisaba a lo

lejos eran en realidad las de otro pueblo diferente.

Una de las voluntarias del único refugio para animales abandonados de la región encontró a Nala dos días después, durmiendo entre la chatarra que había a un lado de un contenedor.

En el refugio la curaron, volvieron a recuperar su confianza en el hombre y le pusieron un microchip en el que la bautizaron como Canela, por el evidente parecido de su cabello con la corteza del árbol del mismo nombre.

Los voluntarios de los refugios o protectoras de animales son gente entregada que está dispuesta a dar amor a cada uno de sus “huéspedes”, pero difícilmente era posible dedicar más de unas horas semanales a cada uno con la afluencia de perros que había en las instalaciones. Así, un fox terrier negro, curioso y juguetón, se convirtió en la mayor compañía de Canela. Era su compañero de celda, y era un perro especial; aunque como ya sabes, querido lector, todos los seres vivos lo son.

De vez en cuando acudían voluntarios para dar una vuelta a los perros por el campo, fuera de las instalaciones. Es algo que todos deseaban; una mota de color en una existencia gris en el interior de una jaula.

Canela permaneció ahí dos años. Algunos dicen que en las épocas más divertidas de tu vida el tiempo parece fluir más deprisa, y viceversa; pero para otros, como Canela, ocurre justamente lo contrario: unos años pueden parecer un suspiro si no guardas apenas ningún recuerdo interesante de ellos.

Una tarde veraniega en uno de esos días en la celda Canela empezó a jugar con una mariposa. Le perseguía por ese pequeño espacio intentando atraparla. En uno de esos movimientos, Canela la pisó con una de sus patas. No volvió a volar. Quedó ahí quieta, moribunda, observada por la mirada curiosa de Canela. Ésta empezó a comprender que, al igual que su anterior dueño, la mariposa ya nunca se levantaría. Su mirada curiosa se convirtió en triste, y permaneció horas frente al cuerpo del insecto sin dejar siquiera que su compañero de celda se acercase.

Canela abandonó el refugio en una de esas tardes en las que las nubes se iluminan de un reconfortante color anaranjado al atardecer. Una mujer de mediana edad observaba con lágrimas en los ojos cada una de las celdas. Era una de esas personas que acudían semanalmente –con suerte– para adoptar una mascota. Casi todos los perros miraban a la mujer amigablemente a través de las rejas. Por eso lloraba, por la idea de poder hacer más feliz a una de esas almas inocentes, pero tener que dejar ahí al resto. Cuando llegó a la celda de Canela, sorprendió a ésta durmiendo. Abrió los ojos poco a poco y miró a la mujer a la cara. Es en ese momento cuando la señora lo decidió: se llevaría a esa especie de ángel que había visto despertar. Si por ella hubiera sido, se hubiera llevado uno o dos perros más, pero el lumbago y los compromisos que tenía desde hace años le impedían responsabilizarse de tantos animales. Uno era suficiente para colmar su vida.

Es curioso que todos los dueños de canela, distando de ser personas solitarias (a excepción del pastor), no convivieran con otras personas en el día a día dentro de casa. A todas las circunstancias de la vida les habían dejado momentáneamente solos, como a Canela. Nuria, su nueva dueña, era una mujer separada y sin hijos. Era una apasionada de la literatura, de la cocina ecológica y de los animales. Disfrutaba tatarando canciones *soul* y haciendo de psicóloga con sus mejores amigos. Trabajaba de ilustradora de cuentos infantiles, y no tardó mucho en dibujar un retrato de Canela, que por aquel

entonces ya habría dejado de llamarse así...

En una de las primeras consultas al veterinario Nuria decidió cambiar oficialmente el nombre de Canela. El dato de “Canela” se actualizó en el microchip como “Alma”. Nuria pensó que no tenía sentido llamarle por un nombre con el que ni siquiera atendía por la ausencia de alguien que se lo hubiera repetido con frecuencia. Necesitaba un nuevo nombre para su nueva vida, aunque lo cierto es que a nuestra gran protagonista poco le importaba llamarse “perro”, Nala, Canela o Alma; ella seguía siendo la perra de siempre, esa a la que le gustaba que le acariciasen con cariño y dormir bajo el sol cuando no “apretaba” mucho en las tardes de primavera.

En una de esas visitas rutinarias de Alma al veterinario, su dueña descubrió algo que le llamó la atención. La veterinaria, que estaba empezando a ser su amiga, tenía en su mesa de trabajo, junto a otros documentos, una estampa con el siguiente texto: “El hombre ha hecho de la tierra un infierno para los animales. Arthur Schopenhauer.”

—¿Por qué tiene ahí esa frase? —preguntó Nuria— Es muy triste pensar que los animales están viviendo en un constante infierno.

—Puede que no todos lo hagan —respondió la veterinaria—, pero es innegable que el hombre ha usado su inteligencia desde hace miles de años para aprovecharse de sus parientes “menores”, los animales. Este aprovechamiento a menudo se realiza desde la insensibilidad y la falta de empatía, con fines egoístas e incluso estúpidos. Hay millones de gallinas que viven confinadas entre sí en almacenes que no dejan pasar nunca la luz del sol; hay animales que son torturados y vejados en cientos de festejos de pueblos de todo el mundo. Su perra, sin ir más lejos, tiene la columna ligeramente deformada por los golpes que seguramente le propinaron cuando aún no estaba formada. Mi labor, y ya no sólo como veterinaria, sino como persona, es intentar que no se cumpla esa cierta apreciación de Schopenhauer. Por eso tengo esa frase ahí, para recordar constantemente cómo no quiero que sea la Tierra para los animales.

Nuria salió de la clínica sonriendo, con esa reconfortante sensación que se tiene a veces al comprobar que aún queda gente de corazón. Sí, la veterinaria estaba empezando a ser su amiga.

Alma tenía nueve años y estaba a punto de vivir algunos de los mejores años de su vida junto a Nuria. A la manzana, su comida favorita, se añadía ahora también el yogurt y el pan de cereales. Se convirtió poco a poco en uno de los perros más populares del parque al que Nuria acudía para inspirarse en los bocetos de su trabajo. Todos apreciaban su buena actitud y la energía serena y feliz que transmitía. Cuando Nuria se sentía triste o decaída, Alma se acercaba moviendo el rabo y comenzaba a lamerle el rostro. Era también la estrella de la playa en la que Nuria veraneaba, pues a todos les gustaba ver su jugueteo inocente con las olas. No hubo un solo día en que Alma no durmiese con Nuria, apoyando, como ella, el rostro encima de al almohada.

Una triste noche, cuando Alma tenía ya catorce años (esta vez si había alguien que supiera aproximadamente su edad), su corazón empezó a fallar. Hasta entonces gozaba de una buena salud, pero ocurre a veces en la vida de un ser vivo (como ocurrió con Eneko) que el corazón se cansa y no

puede más. Bajó de la cama con el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir; no quería despertar a Nuria antes de tiempo. Se tumbó bajo la ventana del comedor, en el mismo sitio donde ya había estado cientos de veces, cuando el sol de la mañana dejaba entrar por ahí algunos de sus rayos.

Las convulsiones se hacían más fuertes. Su corazón dejaba de bombear sangre por momentos, se detenía.

Hay quien dice que en los últimos segundos de vida de una persona, ésta revive los momentos más significativos de su existencia. No se puede asegurar que esto sea cierto, y menos aún que se cumpla en los animales, pero verdaderamente Alma, en esos momentos, recordó cómo era vivir con sus compañeras las ovejas. Recordó las maravillosas tonalidades de verde que poseía su territorio natal y el sonido de la madera de Eneko. Recordó la noche que él pasó a su lado, cuando aún estaba débil y temblorosa, y la pena que sintió al no verle despertar más. Sintió pena, también, por su compañero de celda en el refugio, cuyo destino nunca llegaría a conocer. Se sintió alegre al recordar todos los atardeceres de su vida, y la manera en que Nuria cantaba y dibujaba en el sofá. Recordó también, en esos instantes, a sus amigos del parque y el sabor de la manzana.

Cuando la primera imagen de Nuria al despertarse no fue la de la cabeza de su perra, supo que algo malo había ocurrido. Caminó con incertidumbre hasta el salón, llamándola con la voz temblorosa sin recibir respuesta. Descubrió su cuerpo tendido bajo la ventana, con las patas rígidas y los ojos cerrados. Recordó su primera imagen años atrás en el refugio, cuando la vio despertar y asocio la bondad de su cara con la de una especie de ángel, como ahora, aunque con la terrible seguridad de que esta vez sus ojos no se abrirían. Su pecho no se elevaba. Había dejado de respirar.

Una lágrima comenzó a brotar por la mejilla de Nuria. Se agachó para dar a Alma un beso, un último beso de despedida. Lo hizo en su “mejilla”, debajo del ojo, impregnando en su cabello algunas de las lágrimas que seguían brotando por su cara. Mientras lo hizo, tuvo la seguridad de que, aunque ya lo hubiera hecho cientos de veces, estaba besando una de las cosas más inocentes, majestuosas y bellas del universo: el rostro de un animal.

Nota del autor: algunos de los pasajes de esta historia, como el episodio de la mariposa o el comportamiento de la protagonista en general, han sido inspirados por algunas de las mascotas que he tenido en mi vida; en especial por Kira, a la que dedico profundamente este relato.

Lightboy88